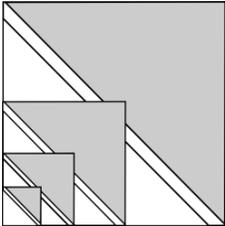


In Memoriam



María Cristina Salazar¹ - in memoriam

Alfredo Molano Bravo



Murió en Bogotá María Cristina Salazar de Fals Borda. Fue triste y noble su despedida. La conocí en 1964 en la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional. Fue mi profesora. Ella acababa de regresar al país con un doctorado de la Universidad Católica de Washington. Era ordenada, puntual y tímida. Alguna vez inició una conferencia pública diciendo: “Señoras y señores, dos puntos”. La gente se rió indulgente, porque fue una nota espontánea y sencilla. Muy suya.

La recuerdo ahora comentando un manual de sociología de la escuela norteamericana, *Las funciones del conflicto social*, de Lewis Coser, enredando el aire con su dedo meñique. Nosotros andábamos haciendo nuestros primeros pinitos, leíamos *La segunda declaración de La Habana* y creíamos que todo lo que fuera traducido del inglés era imperialista. Ella entendió nuestro radicalismo y nos invitó a leer una de las primeras defensas a ultranza de la revolución cubana, *Escucha Yankee*, de C. Wright Mills, un sociólogo norteamericano hoy olvidado por la academia. Nos enteramos con sorpresa que había marxistas gringos que, además, podían ser también discípulos de Max Weber. María Cristina nos enseñó así a distanciarnos del dogmatismo y nos mostró otro ángulo de la crítica social.

¹ Reproducido con autorización del autor.

Como miembro de una familia rica y tradicional de la que se apartó ideológicamente desde muy joven, entendió la necesidad de huir de los esquemas y de fundamentar socialmente sus principios éticos. Sus abuelos fueron dos muy conocidos personajes de la vida política, ambos candidatos a la Presidencia de la República, uno conservador, Félix María Salazar, hombre millonario, secretario de Hacienda del general Reyes, y don Salvador Camacho Roldán, liberal radical, fundador de la sociología en Colombia. María Cristina hacía parte del grupo esclarecido de profesores que fundaron la facultad, junto con Orlando Fals, Camilo Torres, Carlos Escalante, Eduardo Umaña Luna, Virginia Gutiérrez de Pineda, Tomás Ducay, entre otros. Con Camilo Torres, María Cristina tenía más de una identidad: hijos ambos de la aristocracia, cristianos ambos por formación y por convicción, y rebeldes los dos por principio. La muerte de Camilo fue para ella, para Orlando –y para todos nosotros, sus alumnos– un golpe brutal, un momento trascendental: los afianzó en el “milagro” de la solidaridad, como lo dijo muy bellamente el padre Javier Giraldo en la despedida que le tributamos en la capilla de la Universidad Nacional.

María Cristina no abandonó un instante su compromiso con la gente excluida, empobrecida, perseguida. En Córdoba estuvo al lado de los campesinos en los días de lucha de la Anuc contra ese latifundio ganadero y violento, que años más tarde engendraría a los Mancuso & Castaño. De la experiencia política y científica que compartió con Orlando nació la Investigación-Acción, una metodología acogida y reconocida en las grandes universidades del país y del exterior.

Su solidaridad con la izquierda la llevó a la cárcel cuando se descubrió el robo al Cantón Norte y el M-19 le quitó al Ejército 5.000 fusiles. Fueron los días en que el “único preso político” era Turbay, y los animales de la Escuela de Caballería mochaban orejas para defender el primer Estatuto de Seguridad. Con un estoicismo y una dignidad admirables, María Cristina afrontó, al lado de Orlando, la brutalidad paranoica de un régimen que cobraba con un juicio arbitrario las denuncias que había hecho y nunca dejó de hacer. Y salió de la cárcel invicta: sin haberse arrepentido un instante de sus ideas. Más aún, continuó trabajando con aplicada profundidad. Fue consultora de la OIT, de Unesco y relatora de Amnistía Internacional. Denunció los atropellos que los gobiernos de turno permitían –y permiten– en el país, contra la niñez. Escribió un maravilloso libro –testimonio y legado– sobre el tema: *Los esclavos invisibles*.

La muerte de María Cristina duele. Duele mucho. Se va de nosotros una época, y un ser “con quien tanto quería”, como dice el epígrafe de la Elegía de Miguel Hernández a Manuel Sijé.

ALFREDO MOLANO BRAVO

alfredomolano@gmail.com